

Y no hay otro remedio, ni nacerán ni pueden nacer el derecho y la moral internacionales ni desaparecerá ni puede desaparecer la guerra, sino mediante el libre cambio absoluto que, provocando la diferenciación de funciones y la división del trabajo entre los estados, pueblos y naciones, hará al uno predominante ó esencialmente agrícola, mercantil al otro, industrial de este ó del otro género al tercero, según sus aptitudes topográficas, climáticas y etnográficas. Y podemos decir que si el libre cambio absoluto ha de traer consigo la progresiva división del trabajo nacional, que nos ha de sacar de la barbarie á la civilización internacional, esta misma división y diferenciación que se cumplen, aún á despecho de todos los proteccionismos, oportunismos, egoísmos y patrioterías de terratenientes ó sus similares, han de ser las que nos lleven al libre cambio.

Cuando las naciones se necesitan para completarse y vivir en elevada asociación humana, universal, como dentro de un pueblo se necesitan sus miembros todos nacerán la moral y el derecho internacionales y sobre la lucha por la vida que separa reinará la necesidad que une. Al leer en aquellos tiempos de solidaridad y dependencia internacionales el relato de nuestras guerras y nuestras relaciones diplomáticas, sentirán los venideros lo que nosotros hoy al leer relatos de las luchas cruentas de los salvajes. Se harán cruces los cristianos de entonces por las cosas de nuestros cristianos y si la tierra es libre ó colectiva entonces, con las inmensas consecuencias que esto acarrea, se preguntarán cómo pudo considerarse alguna vez el proteccionismo como lo más patriótico. Porque entonces sentirán con conciencia viva que el hondo y sano patriotismo es el que está comprendido en el cosmopolitismo, no el que quiere á nuestra patria, ni más chica ó más grande, independiente al modo de salvaje en la selva.

Peró aún estamos muy lejos de este ideal radiante de una soñada edad de oro, vivimos en un tiempo en que las naciones se agotan y agravan el cáncer económico-social de que padecen sosteniendo una feroz paz armada y entonando himnos á la fuerza bruta y á las virtudes militares. No hace aún tantos años que penetrando en el último fondo de la razón de la guerra se decía en la Rioja: «para el vino, agua, sol y guerra, en Sebastopol.» Es decir, el lema de nuestro régimen económico: ganar lo que pierde otro.

El paso del estado guerrero proteccionista (porque la guerra y el proteccionismo son hermanos gemelos) al industrial de libre cambio, es lento y doloroso, es el paso mismo de la labor de las nacionalidades á la gran federación humana, el paso del antiguo patriotismo exclusivista del patrio romano, detentador del suelo y amo de esclavos, al patriotismo cosmopolita del que trabajando para todos vive del trabajo de todos, gozando del fruto de su labor y no del de la ajena, es el paso de las miserias de la esclavitud á los esplendores de la libertad humana. Y así como la concentración cada vez mayor de las riquezas en pocas manos, y á la par, por otra parte, el acrecentamiento de las sociedades por acciones, en que el capitalista se aleja de la

producción y vive apartado de ella y casi desconociéndola, son factores que traen por sí el remedio del mal mismo que infligen, así la formación de las grandes nacionalidades, con todo su cortejo de guerras y proteccionismos, prepara la federación universal de libre cambio y de paz relativa.

Peró ¡qué largo martirio!

No se suele ver bien ni la relación que hay entre la guerra, el proteccionismo, la patriotería y la explotación del privilegio de conquista, ni cómo el libre cambio es el fondo mismo del progreso social.

Ninguna civilización ha sido en realidad indígena, en todas ellas vino el impulso de fuera, todas son el fomento de un germen extraño madurado, es cierto, gracias á una privativa naturaleza del pueblo que la recibía.

A los pueblos les pasa lo que á los hombres, abandonados á sí mismos volverían al estado salvaje. Estúdiense la historia y se verá que todo movimiento vivo y fecundo en un pueblo, aún los más privativos y peculiares, tienen gérmenes extraños fomentados por el propio espíritu ó gérmenes propios por el extraño espíritu, las civilizaciones algo desenvueltas, como los animales superiores, proceden de generación sexual, de fecundación conjuntiva. El elemento forastero, mientras no ahogue el espíritu propio colectivo de un pueblo, es principalísimo elemento de progreso para éste.

Descendamos de estos sueños é ideales á terreno más vivo y donde es más ardorosa la lucha, indiquemos el que nos parece ser el gran sofisma de todo proteccionismo práctico más ó menos oportunista, y cómo es el más hábil medio de explotar unos hombres á otros, de vivir los unos, sin trabajar, del trabajo de los otros.

MIGUEL DE UNAMUNO.



La República

núm 1093

Bilbao, lunes, 28 de Mayo

de 1894

~~15/2/93~~

s-101

1-101

Carta abierta

A N. N.—Bilbao.

Mi muy querido amigo: Me describes regocijado esa que llamas graciosísima locura, lamenta la falta de un Cervantes que sacándole él tuétano la convierte en exquisita golosina literaria y me anuncias tu propósito de remitir á Lombroso una colección de

esos papeles tan donosamente disparatados. Vamos á cuentas porque estoy muy lejos de conceder en un todo contigo.

Sabes cuanto me interesa todo lo que atañe á ese mi Bilbao y con cuánto pesar me entero de esas resurrecciones de la barbarie primitiva cada vez que los buenos amigos hacéis que me lleguen noticias de mi

*(Incompleto)
falta hasta el final



UNIVERSIDAD
SALAMANCA
CREDITOS.USALES